



El silbato de la abuela
2000

Obra en dos cuadros de
Fernando Esquivel

PRIMER CUADRO

La acción se desarrolla en una habitación de una casa cualquiera. Hay una cama en un lado de la habitación y una lámpara. Al levantarse el sol, aparece un hombre de edad avanzada, sentado en la cama, resaca el cuerpo, se levanta y apoyado en muchas sillas se dirige al escritorio. El hombre es notable por su aspecto físico, su porte, su lenguaje, su comportamiento. Lleva puesta una bata muy limpia y blanca, está muy bien peinado, etc. En el escritorio hay un reloj, un teléfono, la cocina, etc.

Personajes:

DOÑA ESTHERCITA

LICHA, sirvienta joven

GUDELIA, sirvienta

CHANITA, enfermera

ANA, hija de doña Esthercita

(Entra Licha. Es una empleada doméstica joven, guapa y fuerte. No lleva uniforme de sirvienta, pero su vestido y el tipo de su ropa son congruentes con su condición de sirvienta. Viene muy agitada. Su embarazo de seis meses se muestra en su rostro.)

ESTHERCITA.- ¿Dónde andabas, Licha? ¡Pite y pite y pite y pite y pite. Y tú, cada vez que te agitas. Ya hasta parezco agente de tránsito. No seas así, Licha, no te agites y mí acepta.

LICHA.- Perdoneme, señora, pero yo me estaba allá abajo, lavando los trastes del desayuno. ¿Qué le ocurre?

ESTHERCITA.- No, no se me ocurre nada.

LICHA.- ¿Entonces?

ESTHERCITA.- Solamente quería probar si con ese vestido que me traje ayer Aná. ¡Ay!, las cosas que me ocurren. ¿Qué me ocurre? ¿A quién le diría, Licha?

PRIMER CUADRO

La acción se desarrolla en una recámara de una casa cualquiera. Hay una cama, una silla de ruedas, burós y lámparas. Al levantarse el telón, aparece Esthercita, la abuela, sentada en la cama, recargada en el respaldo y apoyada en muchas almohadas. La abuela tiene 90 años pero es notable por su lucidez. Habla con claridad, aunque lentamente. Lleva puesta una bata muy limpia y bonita. Está muy bien peinada y tiene las uñas largas. Cuando se ilumina la escena, está leyendo un libro. De repente deja el libro, se quita los anteojos, toma un silbato que trae colgado al cuello y comienza a pitar desesperadamente. Pasa un momento y vuelve a pitar.

LICHA.- *(Desde afuera.)* Ya voy, doña Esthercita, ya voy. No se me desespere.

(Entra Licha. Es una empleada doméstica, joven, guapa y fuerte. No lleva uniforme de sirvienta, pero su peinado y el tipo de su ropa son congruentes con su estatus dentro de la casa. Viene muy agitada. Su embarazo de seis meses es evidente.)

ESTHERCITA.- ¿Dónde andabas, muchacha? Aquí me tienes pite y pite y pite y pite. Y tú, nada que te apareces. Ya hasta parezco agente de tránsito. Nomás me falta mi uniforme y mi quepí.

LICHA.- Perdóneme, señora, pero es que andaba allá abajo, lavando los trastes del desayuno. ¿Qué se le ofrece?

ESTHERCITA.- No, no se me ofrece nada.

LICHA.- ¿Entonces?

ESTHERCITA.- Solamente quería probar el pito éste que me traje ayer Ana. ¡Ay!, las cosas que inventa. ¡Tan rara mi hija! ¿A quién saldría, Licha?

LICHA.- A mí me parece muy buena la idea de la señora Ana. Antes andábamos vueltas locas todas con la campana que tenía. Nunca le atinábamos, doña Esthercita: tocaba usted y ahí vamos Gudelia y yo volando, a sacar la basura... y nada. Luego, de repente cuando oíamos la campana, nos arrancábamos para acá, para arriba y nada. Usted... dormidita, quieta como un angelito. Y para cuando corríamos otra vez para abajo y salíamos a la banqueta con el tambo de la basura, el camión ya iba dando la vuelta a la esquina. Y a correr, otra vez para adentro con el tambo. Y ahí se quedaba el mugreral hasta el día siguiente, si bien nos iba; porque ya ve usted, aquí... ¡para que pase la basura! Oiga, y allá, de dónde es usted, ¿sí pasa la basura seguido? *(Se oye el sonido agudo que produce el aparato de sordera de doña Esthercita cada vez que se le desacomoda dentro de la oreja. Ella no se entera.)* El aparato, señora, el aparato. *(Licha se lleva la mano a la oreja para que la anciana le entienda. Esthercita pone cara de enfado y se ajusta el aparato.)* ¡Qué feo pillla la cosa ésa! De perdido tocara una musiquita, como los celulares. Pero ese pillido se siente bien feo.

ESTHERCITA.- Esta cosa... ya me tiene harta. Pero Ana no me ha traído el nuevo. Nomás a eso vine, a hacerme el famoso aparato. Pero mi hija lo hace adrede, por molestarme; por eso no me lo trae. Como le importo tan poco.

LICHA.- No diga eso, señora. Aunque se ve que no se llevan muy bien.

ESTHERCITA.- Eso no es cosa tuya. ¿De qué estábamos hablando?

LICHA.- De la basura, doña Esthercita.

ESTHERCITA.- ¿De cuál basura, muchacha?

LICHA.- De la basura de la casa, la de la comida, la del piso. Le estaba preguntando que si allá en donde usted vive pasa seguido el camión de la basura.

ESTHERCITA.- Claro. Pasa dos veces al día... dos veces. Como un reloj. Es que Pachuca es una ciudad muy limpia, muy limpia.

LICHA.- Y usted, ¿qué basura puede juntar? si vive sola y ni tiene quien le ayude. Bueno, eso me dijo la señora Ana.

ESTHERCITA.- ¡Qué tienes, muchacha! Tierra hay donde quiera... y más allá, con los aironazos que hace. Hay que estar sacude y sacude y sacude. Acabas de limpiar y ya están los muebles grises de polvo.

LICHA.- ¡No me diga!

ESTHERCITA.- Así como lo oyes. A mi esposo le chocaba el polvo. Nomás llegaba del trabajo al mediodía y le pasaba el dedo a la mesita de la entrada y a las de la sala. Y luego se veía el dedo y me veía a mí sin decir nada. Pero yo entendía muy bien. "Ay, César", le decía, "¿qué quieres que haga? Nos pasamos la mañana limpiando, pero quién sabe de dónde sale tanta tierra".

LICHA.- ¿Era muy delicado su señor?

ESTHERCITA.- Pues sí. Y además, como el pobre sufrió siempre de alergias.

LICHA.- ¿Qué es eso?

ESTHERCITA.- Cosas que te hacen daño. A él le hacía mucho daño el polvo. Cuando trabajaba en el gobierno y andaba haciendo carreteras, se ponía malísimo.

LICHA.- ¿Hacía carreteras?

ESTHERCITA.- Un tiempo, sí... pero yo lo convencí de que dejara ese trabajo porque se me enfermaba mucho.

LICHA.- ¿Qué le pasaba?

ESTHERCITA.- Estornudaba mucho, mucho, el pobre. Una vez le conté ciento veinte estornudos seguidos.

LICHA.- ¿A poco?

ESTHERCITA.- Ciento veinte. Así como lo oyes. Y yo creo que otras veces estornudó más, pero desde aquella vez me prohibió que se los contara porque se ponía muy nervioso.

LICHA.- ¡Mire nomás!

ESTHERCITA.- Y en las noches casi no podía respirar. Se le tapaba mucho la nariz, sobre todo en invierno, cuando estaba húmedo. Había veces que se pasaba la noche sentado en un sillón. No, ¡qué va! Si te contara...

LICHA.- De veras qué problema. A mi esposo no le pasa nada de eso.

ESTHERCITA.- Yo soy enemiga del polvo y de la basura. Una vez que había hecho mucha tierra, yo iba a hacer pescado, porque era Semana Santa. Tenía los filetes afuera para que se descongelaran y para cuando fui a freírlos haz de cuenta que ya los había rebotado. Estaban blancos de polvo. Ni modo que los tirara, así que los lavé lo mejor que pude. Y todavía, cuando nos los comimos, mi cuñada Margarita, que era muy especial, se quejó de que el pescado como que tenía vidritos. *(Vuelve a sonar el aparato para la sordera de Esthercita. Licha se señala insistentemente su propia oreja.)*

LICHA.- El aparato, el aparato, señora, el aparato.

ESTHERCITA.- ¿A poco está pillando otra vez? *(Esthercita se lo acomoda con el mismo gesto de enfado anterior.)* Yo ni lo oigo.

LICHA.- Pos feliz usted, porque ese chillido como que le agujera a uno los oídos.

ESTHERCITA.- ¿Ya se quitó?

LICHA.- Sí. A ver cuánto dura sin pillar. *(Pausa.)* Oiga, señor, ¿cómo era su esposo? La señora Ana no tiene ninguna foto.

ESTHERCITA.- Sí, ¿verdad? No tiene fotos de mi viejo. Es que lo quería mucho. Era su consentida y cuando se murió, se puso como loca. Ni quiero acordarme.

LICHA.- Pero, ¿cómo era?

ESTHERCITA.-Pues muy trabajador y muy cariñoso... demasiado.

LICHA.- Pero yo le pregunto de la cara. ¿Cómo era?

ESTHERCITA.- Pues guapetón, guapetón... Un poco gordito.

LICHA.- El mío también es gordito. Mire nomás, y usted tan exquisita.

ESTHERCITA.- Es que yo siempre me he cuidado mucho de no engordar.

LICHA.- ¡Que bárbara! Ni que no me diera yo cuenta. Si come rete poquito.

ESTHERCITA.- ¿Qué dices, muchacha? A veces no te oigo. Hablas muy quedito.

LICHA.- Que come rete poquito.

ESTHERCITA.- ¿Como un pajarito? ¿Se te hace?

LICHA.- Claro, señora. ¿Y desde cuándo está viuda?

ESTHERCITA.- Y, ¿por qué preguntas tanto?

LICHA.- Para platicar... para que se me distraiga.

ESTHERCITA.- Mi César se me murió hará... yo creo que unos 30 años.

LICHA.- Yo todavía ni nacía.

ESTHERCITA.- Claro que no. Si tú estás bien chica todavía... y ya embarazada.

LICHA.- Pos sí. *(Pausa.)*

ESTHERCITA.- ¿Y estás bien casada?

LICHA.- Claro, me casé de blanco y por la Iglesia.

ESTHERCITA.- ¿A poco te casaste de blanco? ¡Ya para qué se casan de blanco! Si dicen que todas las muchachas para cuando se casan ya han dado su probadita.

LICHA.- No todas, doña Esthercita, no todas. Pero a lo mejor yo sí... pero esos son secretos de una...

ESTHERCITA.- Nadie debería casarse de blanco. Eso era antes, para demostrar que una era señorita. Las viudas se casaban de azul... Bueno, las que tenían la suerte de volver a casarse.

LICHA.- ¿A poco?

ESTHERCITA.- Claro. ¡Qué cursis!, ¿verdad?

LICHA.- ¿Que qué?

ESTHERCITA.- ¡Que qué cursis! Ahora parece que la sorda eres tú.

LICHA.- No, si sí le oí, pero no le entiendo. No sé qué quiere decir esa palabra.

ESTHERCITA.- Pues algo que no queda, que no se ve bien. Como qué ridículo, como qué raro...

LICHA.- Mire, nunca la había oído.

ESTHERCITA.- A mí todo eso del color del vestido de novia siempre me pareció una zoncera. Y cuando lo decía, la gente se asustaba. "Tú, que te crees la muy moderna", me decían. Con tal que dos se quieran, ¡qué más da cómo se casen!

LICHA.- ¿Y usted por qué no se volvió a casar?

ESTHERCITA.- Porque no. No me tocó. A mí me hubiera gustado volver a casarme, para conocer otros modos, para olvidarme de algunas cosas que no me gustaron; pero ya no estaba tan joven cuando murió mi marido. ¿Quién se me iba a acercar? Además, ya me imagino... mis hijas... ¡la que me hubieran armado! Sobre todo las dos grandes. A Ana no creo que le hubiera importado... Pero no fue por eso que no me casé. Si hubiera llegado algún pretendiente que estuviera bien; pero no, no llegó nadie. Un tiempo me anduvo rondando uno que había sido novio mío, pero no... Nada más me quería para que lo cuidara, yo creo. Estaba todo achacoso. Y en ese tiempo no había las pastillas que hay ahora. Además, si me hubiera casado con él, ya sería viuda otra vez.

LICHA.- Usted está todavía muy bonita para lo grande que está. ¿Cuántos años tiene?

ESTHERCITA.- Eso no se pregunta, muchacha. *(Hay una pausa. Licha comienza a estirar un poco las sábanas. Luego levanta un poco a Esthercita para que esté más derecha.)*

LICHA.- Mire, el pito le hace juego con los aretes.

ESTHERCITA.- Muchacha loca ésta.

LICHA.- Oiga, la cadenita con que se lo colgaron está muy bonita.

ESTHERCITA.- ¿Cadenita? ¡Cadenota! Si hasta parece collar de perro. Ya ves cómo es mi hija Ana de exagerada.

LICHA.- Pos a mí me gusta mucho. *(La acaricia y la sopesa.)* Está bien pesada. Se ve que es cara. Si no se repone, doña Esthercita... pues me deja la cadenita de herencia.

ESTHERCITA.- ¡Mira, mira! Si no estoy enferma. Nomás me caí y tengo que estar en reposo.

LICHA.- ¿Falta mucho para que se le cierre la rajada que se hizo en el hueso?

ESTHERCITA.- La fi-su-ra, muchacha, la fi-su-ra. Y me la hice en el fémur. *(Se toca la pierna derecha.)*

LICHA.- Pos sabe cómo dijo el doctor cuando vinieron a tomarle las... ésas... ¿cómo se llaman?

ESTHERCITA.- Ra-dio-gra-fí-as.

LICHA.- Sí, ésas. El aparatote que traían. Y nos sacaron a todos del cuarto, quesque porque era muy peligroso.

ESTHERCITA.- ¿Y por qué me andabas pidiendo la cadena? ¿A poco crees que de esto me voy a morir?

LICHA.- No, no... ni lo mande Dios. *(Titubea.)* Lo que quise decir es que cuando se reponga, ya no va a necesitar ni el pito ni la cadenita y... me los puede dar. El pito le va a servir mucho a mi viejo: como es velador.

ESTHERCITA.- ¿Es velador? ¿Y luego? ¿A poco duermes sola? ¿Y la panza ésa?

LICHA.- ¡Ay, doña Esthercita! ¿Por qué cree que salgo como "bólide" a las cinco? Pos para alcanzar a mi esposo, verlo un ratito, prepararle su lonche y despedirlo cuando se va al trabajo, como a las ocho.

ESTHERCITA.- A ver si el niño no te sale lloroncito, nerviosito... si lo hicieron con tantas prisas. No, así no tiene chiste.

LICHA.- Bueno, no siempre es así, de rapidito. Le voy a contar una cosa pero no se la diga a nadie.

ESTHERCITA.- ¿A quién se la iba a decir? Si Ana ni se asoma. Me tiene muy abandonada.

LICHA.- Usted y la señora Ana como que no se llevan muy bien, ¿verdad?

ESTHERCITA.- ¿Otra vez? ¿Por qué dices eso, muchacha?

LICHA.- No sé, pero una lo nota. ¿Por qué?

ESTHERCITA.- No seas metiche, muchacha. A ti qué te importa.

LICHA.- Pues no me importa. Es para sacarle plática... para que no se le tulla el cerebro. Así nos decía el doctor que le hiciéramos con mi abuelita.

ESTHERCITA.- Pues no seas tan preguntona. Eso no es bonito.

LICHA.- Tiene razón, doña. Esas son cosas entre usted y la señora Ana. ¿Qué le estaba platicando, seño?

ESTHERCITA.- Si no te acuerdas tú, ¡imagínate yo!

LICHA.- ¡Ah, ya me acordé! Le estaba diciendo que mi esposo era velador y que... Pero deveritas, no se lo diga a nadie. *(En tono de misterio.)* Es que Benito trabaja en unas oficinas muy elegantes, de un abogado, que es "notorio", o algo así. Yo siempre lo mando con su lonche y bien servido, para que no se me desbalague. Siempre, siempre, aunque traiga la enfermedad. A veces, —pero no le diga a nadie— cuando él anda más ganoso que de costumbre, me dice que vaya ya noche a donde él trabaja, ya cuando no pase gente por ahí, por el edificio. Y yo voy, y él me abre la puerta y... como allí hay unos sillonzotes muy grandes y muy cómodos... pos allí duermo.

ESTHERCITA.- Entonces no hay peligro.

LICHA.- ¿Cómo de que no? Si un día nos cachan a la mejor lo corren.

ESTHERCITA.- De eso no, muchacha, de que el niño te salga nerviosito.

LICHA.- No, seño, ¡qué va! Nosotros somos bien calmados.
(*Entra Gudelia. Es también una empleada doméstica, pero de mayor edad que Licha.*)

GUDELIA.- ¡Licha! Tú, platica y platica, como siempre. Y el quehaceral allá abajo. Ya son las diez.

LICHA.- Mira nomás quién habla. Si tú vas llegando, mi chula. Nada más porque llevas ya quince años de trabajar aquí te crees la dueña. Abusas de la señora Ana porque es muy buena.

ESTHERCITA.- Ana... ¿buena? ¡Qué va! Será con ustedes.

GUDELIA.- Conmigo siempre ha sido muy buena.

LICHA.- Conmigo también, aunque tengo muy poquito de estar aquí.

ESTHERCITA.- Lo que pasa es que no le gusta batallar.
(*Bajando mucho la voz.*) Tiene miedo de que se le vayan.

GUDELIA.- ¡Ay, doña Esthercita! Mire nomás lo que dice... y de su hija. ¿Desayunó bien?

ESTHERCITA.- Te diré. El jugo estaba muy ácido y el pan medio quemado, pero Licha me lo trae con muy buena voluntad. Eso es lo que cuenta.

GUDELIA.- (*A Licha.*) Ya te he dicho que no pongas el tostador en el 6; ponlo en el 3. ¡No entiendes, Licha!

LICHA.- Es que en el 3 sale bien descolorido, todo aguado. A mí me gusta más durito.

GUDELIA.- Sí, pero no quemado. ¡No tienes remedio, Licha!

LICHA.- Pues ven más temprano, para que se lo hagas tú. A tu gusto...

ESTHERCITA.- Ya no se peleen. A ver... ¿quién va a pintarme las uñas? Las traigo todas descascaradas ya.

LICHA.- Yo, doña Esthercita.

GUDELIA.- ¿Y ahora? ¿Pues qué tienes, muchacha? Hoy me toca a mí. Tú se las pintaste la otra vez.

LICHA.- Yo estudié belleza... acuérdate. Si estoy aquí es porque Benito es muy celoso y porque a la estética donde trabajaba también iban hombres a cortarse el pelo. Pero yo soy la que sabe de estas cosas, no tú. Nomás falta que me salgas con que tú la vas a peinar y también con que le vas a cortar el pelo. Ya me imagino cómo la dejarías: como un pájaro desplumado.

ESTHERCITA.- Ya, niñas, ya. Parecen chiquitas y ya están buenas de largu-tonas. Cada una me va a pintar una mano y un pie y a la que le quede mejor le voy a regalar la cadena del silbato cuando ya no lo necesite... cuando me alivie.

LICHA.- Yo ya sé quién va a ganar.

GUDELIA.- ¡Cómo eres, Licha, cómo eres! Te burlas porque yo nomás acabé primaria.

ESTHERCITA.- ¡Ya, niñas! Prendan el incienso.

GUDELIA.- Sí, doña Esthercita.

(*Gudelia prende una vara de incienso y la pone en el buró, para que el aroma le llegue a la señora. Doña Esthercita extiende las manos y le ofrece una a cada una de las empleadas. Licha saca del buró una charolita con todo lo*

necesario y la pone sobre las piernas de la anciana. Luego le da un algodón con acetona a Gudelia y ella toma otro. Ambas comienzan a trabajar. Doña Esthercita cierra los ojos y queda como en éxtasis.)

ESTHERCITA.- Y ahora, calladitas. Voy a relajarme. Si me quedo dormida, se van sin hacer ruido cuando acaben.

(Comienza a oírse una música como para meditar mientras baja la luz, hasta llegar al oscuro.)

SEGUNDO CUADRO

La acción se desarrolla en la misma habitación. Es de noche. Solamente están encendidas las lámparas de los burós. Esthercita está en la misma posición que en el cuadro anterior. Ya no lleva la bata que llevaba y trae puesta solamente la ropa de dormir. En la habitación está Chanita, una mujer madura, que es enfermera.

CHANITA.- Ya es hora de dormir, Esthercita.

ESTHERCITA.- Si quiere váyase a descansar, Chanita. Yo no me voy a dormir hasta que llegue mi hija.

CHANITA.- Se me hace raro que no haya llegado. Las muchachas me dijeron que iba a llegar como a las 9 y ya son las 11.

ESTHERCITA.- Por eso, ya váyase. Yo no la necesito para nada. Ya me tomé mis medicinas de las 10. Si se me ofrece algo la llamo con este pito que me puso ahora mi hija.

CHANITA.- ¿Suena fuerte?

ESTHERCITA.- Pues si le soplo fuerte, sí. *(Se lleva el silbato a la boca y comienza a pitar estruendosamente.)*

CHANITA.- *(Se tapa los oídos.)* ¡Qué pulmones, señora! *(Las dos se ríen.)*

ESTHERCITA.- Los inventos de mi hija.

CHANITA.- Pues está muy bien. Es más fácil pitar que andar buscando la campana en el buró, sobre todo si se ofrece algo a medianoche. En lo oscuro iba a andar tentaleando y a lo mejor la tumbaba. El pito lo trae ahí colgadito y no batalla para encontrarlo.

ESTHERCITA.- Pero me da miedo, Chanita, no crea. Es la primera vez que voy a dormir con él y tengo miedo... no se me vaya a enredar y me vaya a ahogar.

CHANITA.- Pero si usted duerme boca arriba toda la noche. La admiro. ¿Cómo puede?

ESTHERCITA.- Pues tengo que. O me quedo quieta todo el día en la misma posición o me tienen que operar. Y el doctor ya me dijo que ya no estoy en edad de que me operen. Ya tengo 90, aunque siempre digo que tengo 87.

CHANITA.- Pues yo la hacía como de 80.

ESTHERCITA.- Ojalá. No les vaya a decir mi edad a las muchachas. Ellas están muy jóvenes.

CHANITA.- La quieren mucho.

ESTHERCITA.- Pues yo me las he granjeado. Un collarcito por aquí, unos aretitos por allá. Es que de vieja anda una siempre dando latas. Una temporadita aquí, una temporadita en Chihuahua, otra temporadita en Oaxaca. Yo no sé por qué mis hijas se me desperdigaron tanto. Cuando yo estoy sola en Pachuca, la paso muy bien.

CHANITA.- Pero es mejor estar acompañada.